

PERENNIDAD DE MAQUIAVELO

Summary: *In 1513 Niccolò Machiavelli sent a small volume to Lorenzo de Medici, containing his political knowledge obtained through the study of history and a long practice. Since that time The Prince has acquired a great celebrity opening an unfinished debate. To be efficient politics must be unmoral, otherwise we condemn ourselves to the failure, bound by current moral. The existence of a double moral pattern applied by Machiavelli shows the beginning of the State's reason and possibly the cause of his perennity.*

Resumen: *En 1513 Nicolás Maquiavelo envió, al Magnífico Lorenzo de Medicis, su conocimiento político, obtenido gracias al estudio de la historia y de una larga práctica, recopilado en un pequeño volumen. Desde esa fecha, El Príncipe, ha tenido una gran celebridad, suscitando una polémica que no termina. Para ser eficaz, la política debe ser inmoral o bien nos condenaremos al fracaso, sujetándonos a la moral corriente. La existencia de un doble patrón moral, aplicado por Maquiavelo, descubre la razón de Estado y, muy posiblemente, la causa de su perennidad.*

En el mes de diciembre de 1513, Nicolás Maquiavelo, desde su ocio forzado en San Casciano, escribió tristemente a su amigo Francesco Vettori, a la sazón embajador de Florencia en Roma, lo siguiente:

“Es así que, sumido en esta vulgar existencia, trato de impedir que el cerebro se me enmohezca... llegada la tarde, regreso a mi casa y entro en mi estudio... penetro en el santuario de los grandes hombres de la antigüedad; recibido por ellos con bondad y buena voluntad, me alimento

de esta comida que ha sido hecha para mi sólo y para la cual he nacido... Y como ha dicho el Dante no hay ciencia si no se retiene lo que se ha comprendido, yo anoto todo aquello que de nuestras conversaciones me ha parecido de alguna importancia y con ello he compuesto un opúsculo, de los Principados, en el cual abordo mi tema, investigando cuál es la esencia de los principados, cuantas clases hay de ellos, cómo se adquieren, cómo se mantienen y por qué se pierden...” (1).

Este pequeño opúsculo, que la posteridad va a conocer con el nombre de “El Príncipe”, circulará privadamente hasta el año de 1532. En esa fecha verán la luz dos ediciones, una en Roma y otra en Florencia, iniciándose una no interrumpida publicidad hasta nuestros días. ¿Por qué tan grande y extraordinaria celebridad? ¿Por qué algunos textos políticos adquieren gran resonancia histórica, mientras que otros de no menor calidad, permanecen en el olvido, como bien se pregunta Jean-Jacques Chevallier? (2).

En este artículo trataremos de dar respuesta parcial a esta pregunta. Expondremos las razones que explican, según nuestro criterio, la celebridad y sobre todo la perennidad de Nicolás Maquiavelo, no sin antes hacer referencia a algunos juicios sobre su pensamiento, aspectos de su vida y exposición de algunas de sus ideas principales.

Nicolás Maquiavelo, que descansa en algún lugar de la Iglesia de Santa Croce en Florencia, fue justamente homenajeado por un extravagante lord inglés en el siglo XVIII, que le hizo construir un hermoso cenotafio, en el cual inscribió lo siguiente: “Tanto nomine, nullum par elogium”. Gran renombre el de Maquiavelo, pero ninguno a la altura de su mérito. En verdad Maquiavelo ha tenido un renombre extraordinario en el cual se han mezclado los más admirables conceptos con los más denigrantes juicios. La lectura de sus escritos ha provocado, a través de más de cuatro siglos, una polémica

ca que lejos de cesar, crece con el avance de la Ciencia Política y naturalmente, con la importancia que tiene en nuestros días el juego terrible que encierra el ejercicio del poder.

George Sabine, en su *Historia de la Teoría Política* nos ha dicho que:

"El carácter de Maquiavelo y el verdadero significado de su filosofía han sido uno de los enigmas de la historia moderna. Se le ha presentado como a un clínico total, un patriota apasionado, un nacionalista ardiente, un jesuita político, un demócrata convencido y un adulator carente de escrúpulos que buscaba el favor de los déspotas. Probablemente hay algo de verdad en todas y cada una de estas opiniones, por incompatibles que sean. Pero lo que no es cierto en modo alguno, es que ninguna de ellas dé una visión completa de Maquiavelo y su pensamiento" (3).

En realidad con Maquiavelo ha ocurrido lo que señala George Mounin (4) cuando nos dice que ha sido leído muy de prisa, muy polémicamente, muy exclusivamente en contra o a favor. No es sino en los últimos tiempos, cuando de la política se intenta hacer un conocimiento científico, que Maquiavelo ha sido estudiado desde una óptica apropiada. En realidad lo que más frecuentemente ha ocurrido es lo que ya en 1639 dijera G. Naudé: "todo el mundo ataca e insulta a este autor. Sin embargo todo el mundo lo sigue y practica, principalmente aquellos que lo atacan..." (5).

Sin ánimo de hacer aquí la biografía de Maquiavelo, creemos que es importante señalar algunos hechos de su vida, indispensables para la adecuada comprensión de su pensamiento. El primero de ellos es recordar que, de 1498 a 1512, Maquiavelo tuvo una intensa práctica política. Ocupó el cargo de Jefe de la Segunda Cancillería del gobierno republicano de Florencia, con Piero Soderini a la cabeza como Gonfaloniero. El puesto de Jefe de la Segunda Cancillería no fue, como algunos equivocadamente han creído ver, un cargo semejante a un Ministerio de Relaciones Exteriores. Más bien se trataba de un puesto de segundo orden, mal remunerado, sobre todo cuando Maquiavelo tenía que cumplir tareas en el exterior. Las cartas en que se lamenta de esto, y que han llegado hasta nuestros días, son muy reveladoras (6).

Lo que si es importante retener, es que desde esta Segunda Cancillería Maquiavelo entró en contacto con los personajes políticos más importantes de la península itálica y de los nacientes estados nacionales de Europa. Si bien las cosas no se decidían en Florencia, al menos por aquella espléndida ciudad pasaban los hilos conductores de la intensa

acción diplomática y militar de los primeros años del siglo XVI. Las grandes naciones como España y Francia, no dirimían directamente sus conflictos, y como sucede en nuestros días, preferían tomar como campo de batalla el territorio de un tercer estado (fragmentado y débil como era Italia) para medir sin mayores consecuencias sus fuerzas.

Fue así como Nicolás Maquiavelo durante 14 años tuvo numerosas entrevistas con el Rey de Francia, los papas Alejandro VI y Julio II, el emperador Maximiliano, César Borgia y centenares de otros personajes menores, como cardenales, obispos, duques y demás señores con poder, que tanto color dieron a la época.

Particularmente importante es recordar algunas características políticas del momento en que vive Maquiavelo. Es la transición que se opera del mundo medieval a la época moderna. Es dejar atrás aquella problemática política, en la cual los poderes de la Iglesia y el Imperio se erguían con vocación universal, sobre un variado mosaico de pequeños señores feudales, ejerciendo su poder sobre limitados territorios. En su excelente introducción a la edición de *El Príncipe* de la Universidad de Puerto Rico, Luis Arocena nos ha dicho:

"En la Italia de la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI la liquidación de las estructuras políticas medievales y la gestación de las destinadas a caracterizar el Estado moderno, asumió formas dramáticas y muy espectaculares. En medio de una serie de conflictos interminables, guerras, revoluciones, alianzas, treguas breves, y tratados de paz que no valían el papel en que se escribían, en medio de pugnas sociales y rivalidades económicas, entre asaltos, saqueos, conjuraciones y desmanes de toda orden, entre aventuras de condotieros y batallas en las que se jugaba el prestigio de las potencias de Europa, aparecían y desaparecían estados en Italia, mermaban su poderío unos y lo acrecentaban otros, perdían su señorío varios príncipes, mientras había quienes se amañaban para establecer otros nuevos" (7).

La tragedia de Italia, que Nicolás Maquiavelo vio con mayor claridad que nadie, es la de estar fragmentada en al menos cinco grandes polos políticos, ninguno de los cuales era tan poderoso como para imponerse a los otros, pero sí lo suficientemente fuerte como para mantener la división. El más importante de ellos, al centro de la península, los Estados Pontificios. Cerca de ellos, la ciudad de Florencia. Al Norte, en el este Venecia y en el oeste Milán. Y al Sur, el reino de Nápoles. Maquiavelo, en el capítulo XXVI de *El Príncipe*, con lenguaje emotivo, cargado de fuerte patriotismo, insta a Lorenzo de Medicis, nieto del Magnífico y

sobrino del reinante papa León X, para que aproveche la oportunidad que la fortuna le brinda de realizar la gran tarea política que pondría a Italia a la altura de los otros estados nacionales. Pero este príncipe Medicis no atendió el consejo e Italia tuvo que esperar, en medio de mil tragedias y humillaciones, hasta bien pasada la segunda mitad del siglo XIX, para realizar la unidad nacional.

Otro aspecto importante de recordar sobre la época de Maquiavelo es el grave estado de corrupción que se vivía. En medio del espléndido desarrollo de las artes, particularmente la pintura y la escultura, generosamente sufragadas por un gran florecimiento económico, con gran actividad del comercio y la banca internacional, el hombre con su voluntad conquistaba nuevos territorios, antes sometidos a la soberanía de Dios. Pero este ampliarse el campo de la voluntad del hombre no se hizo sin pagar un precio de carácter moral. Desasido de las anteriores trabas morales, quedó la acción del hombre girando libremente, atraída por la inmediatez de lo concreto. Así la codicia y el ansia de mayor poder, llevaron a los hombres a utilizar cualquier medio, no importando su naturaleza, con tal de que fueran eficaces para alcanzar el fin deseado. Sabine lo apunta claramente, cuando escribe:

"La sociedad y la política italianas, tal como las concebía Maquiavelo y como, de acuerdo con él, cree la mayor parte de los historiadores, son un ejemplo peculiar de un estado de decadencia institucional. Era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, más emancipada que cualquier otra de Europa de las trabas de la autoridad y dispuesta a enfrentarse al mundo con un espíritu friamente racional y empírico, y presa, sin embargo de la corrupción política y la más baja degradación moral. Las instituciones cívicas antiguas estaban muertas. Ideas medievales que como las de la Iglesia y el Imperio, todavía en los días del Dante, podían despertar un noble entusiasmo, no eran ya ni siquiera recuerdos. La crueldad y el asesinato se habían convertido en procedimientos normales de gobierno; la buena fe y la lealtad en escrúpulos infantiles... la fuerza, y la astucia, en claves del éxito. El libertinaje y el desenfreno eran tan frecuentes que no producían comentarios. Y el egoísmo franco y desembozado, sólo necesitaba del éxito para justificarse..." (8).

Para desventura personal de Maquiavelo, pero para la buena fortuna de la posteridad que ha leído sus obras con pasión, el gobierno de la república de Florencia cae derrotado en el año de 1512 y de nuevo, la poderosa familia Medicis recobra el poder en la ciudad en la que tanto tiempo va a permanecer. Maquiavelo, que ha estado largos años en medio del poder y con trato frecuente de los más

poderosos personajes de su época, saldrá pobre y arruinado de su cargo de la Segunda Cancillería. Por un breve plazo se verá perseguido, encarcelado y hasta torturado, por los nuevos amos del poder. Luego abandonará la ciudad para residir en una pequeña propiedad suya, con una sencilla casa, ubicada en las cercanías de San Casciano, a unos pocos kilómetros de Florencia.

En su rústico retiro Maquiavelo no va a estar tranquilo. Ansía retornar al poder, no tanto para obtener beneficios materiales, que necesita para atender a su numerosa familia, como porque requiere estar dentro del juego político, que es su pasión. La valiosa carta a Francesco Vettori, del 10 de diciembre de 1513, que parcialmente citamos al inicio de este artículo, es un testimonio de las angustias materiales de Maquiavelo, pero sobre todo espirituales, por estar lejos del alimento para el cual había nacido. Si bien Maquiavelo fue hombre culto y nacido en el Renacimiento, las bellas artes no fueron su preocupación. Vivió rodeado de los maravillosos testimonios que las artes alcanzaron en ese momento, que engalanaban palacios e iglesias de Florencia, sin que llamaran mayormente su atención. En realidad su única y gran pasión fue la política, y de ello nos dejó como insuperables pruebas, numerosas obras escritas.

En los años que van a mediar entre 1513 y 1527, fecha de su muerte, Maquiavelo va a escribir los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, el Arte de la Guerra, Historia de Florencia y naturalmente su más célebre obra, El Príncipe. Es de hacer notar que no hay contradicción entre ellas, ya que todas responden a un mismo método, aunque tengan diferentes propósitos o varíen en sus contenidos. Por ejemplo, entre los Discursos y El Príncipe, no hay oposición, lo que ocurre es que en éste último Maquiavelo trata de la única forma política viable para el momento en que vive, la monarquía absoluta. En tanto que en los Discursos se ocupa de otras muchas cosas más, por ejemplo, de mostrar su admiración por el gobierno popular y por la república romana, en la cual imagina no hay corrupción política y puede operar el respeto a las leyes.

Antes de entrar a analizar algunos conceptos fundamentales de Maquiavelo, digamos unas breves palabras acerca de su método. A diferencia de la gran mayoría de los pensadores políticos, Maquiavelo tuvo una práctica política sumamente importante. Conoció el ejercicio del poder en sus más

variadas formas y lo ejerció intensamente. De ahí que no nos sorprende que parte de su método sea el recurrir a la realidad, al dato concreto. El empirismo de Maquiavelo guarda ilustre relación con el anterior de Aristóteles, posterior de Montesquieu y anuncia lo que será uno de los fundamentos de la moderna Ciencia Política. Pero se acompaña, además, por un constante estudio de la historia, de los hechos políticos realizados en el pasado por los grandes hombres. No es aquí el lugar para entrar en mayores explicaciones, simplemente digamos que esto es posible gracias a su idea inmutable de la naturaleza humana y al carácter repetitivo que le atribuye al acontecer histórico.

Son muy frecuentes las veces que Maquiavelo recomienda al gobernante el estudio de la historia, tanto en los Discursos como en El Príncipe, como cuando afirma que:

“El que estudia las cosas de ahora y las antiguas, conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos y las mismas pasiones; de suerte que examinando con atención los sucesos de la antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir...” (9).

Pero ningún texto más claro y hermoso que el que encontramos en la Dedicatoria a Lorenzo el Magnífico, cuando le ofrece su más preciado bien, su saber político, adquirido penosamente a través de largos años de práctica y estudio. Así le dijo al Príncipe Medicis, que no supo valorar tan exquisita ofrenda:

“Deseando yo mismo, ofrecer a Vuestra Magnificencia algún testimonio de mi deseo de servirle, no he encontrado entre mis bienes nada más querido o que estime tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, adquirido mediante una larga experiencia de las cosas modernas y un continuo estudio de las antiguas” (10).

¿Qué es lo que se propone Maquiavelo cuando recomienda el estudio de las acciones de los grandes hombres, de los antiguos y los modernos? Se propone lograr la efectividad de la acción política. Dar a la voluntad del gobernante las mayores posibilidades de alcanzar el éxito, porque a final de cuentas ¿qué otra cosa es el ejercicio del poder sino el imponer la voluntad a los otros? Triunfar en política, no ser vencido, alcanzar el fin propuesto, ha sido desde siempre el primer valor en la conducta de los príncipes, monarcas, déspotas o presidentes de la república. Como dice el saber po-

pular costarricense que dijo don Ricardo Jiménez, “en política todo está permitido, menos perder”.

Para lograr su propósito Maquiavelo toma en cuenta tres nociones: la virtud, la fortuna y la necesidad. Si bien nunca nos llega a dar una definición de lo que entiende por “virtud” es claro que la idea que de ella se hace no corresponde exactamente a la virtud cristiana. Es más bien un concepto que recuerda la “areté” de los griegos. Es esa capacidad de hacer algo excelentemente, como cuando calificamos a un violinista de “virtuoso” sin entrar a conocer si el alcohólico, engaña a su mujer o no paga las cuentas del hotel.

Oreste Tommasini, en su clásico estudio sobre Maquiavelo nos ha definido la virtud como “cierta capacidad para la eficacia” (11) y del “Estudio Preliminar” de Luis Arocena, antes citado (12), hemos sacado estas notas calificativas de la conducta del príncipe, que hacen “virtuosa” su voluntad:

1. Clara inteligencia para calcular los recursos que intervienen en la acción.
2. Vivo sentido de la realidad.
3. Rápido entendimiento de lo que las circunstancias autorizan.
4. Decisión para tomar recursos heroicos.
5. Capacidad para disimular el juego.
6. Soltura para desprenderse de los escrúpulos morales corrientes.

Pero la voluntad del hombre no actúa en el vacío. Entra en contacto con una realidad que tiene características particulares, según los tiempos. Además se ve favorecida o castigada por la fortuna. Hay un juego entre la virtud, la fortuna y la necesidad, que explica la obligación de ser siempre flexible y dispuesto a acatar lo que la vida impone, si se quiere triunfar.

Intentemos aclarar primero que es lo que entiende Maquiavelo por fortuna. En parte son todas aquellas cosas no previsibles, porque en la complejidad del acto político intervienen muchos factores y no siempre es posible conocerlos todos. Pero la fortuna en Maquiavelo también tiene algo que ver con aquella diosa de la antigüedad, ciega y caprichosa en sus designios, que a veces favorece a un hombre y lo eleva considerablemente, para que cumpla con lo que ella ha deseado. O bien, en otras oportunidades, castiga implacablemente, sin que haya fuerza humana que pueda resistirla.

Numerosos son los textos que nos ha dejado Maquiavelo sobre la fortuna. Notable por su belle-

za y penetración psicológica es todo el capítulo XXV de *El Príncipe*. Por el momento solamente veamos la descripción que hace de la fortuna:

"Me parece la fortuna uno de esos terribles ríos que, cuando se hinchán, inundan las llanuras, derriban árboles y edificios, se llevan la tierra de una parte y la depositan en otra; no hay quien escape al acercarse la riada, se cede a su asalto, sin poder oponerse a él en modo alguno... siendo variable la fortuna y obstinados los hombres en sus actos, son felices cuando van de acuerdo con los tiempos e infelices cuando no se conforman a ellos. Creo que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, si se quiere dominarla, hay que maltratarla y tenerla a freno... como mujer que es, gusta de los jóvenes, que tienen menos miramientos, son más brutales y la someten con más audacia" (13).

Y en *Los Discursos* encontramos este texto, pleno de sugerencias:

"Afirmo una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia, que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos" (14).

Sin embargo, como buen renacentista, Maquiavelo estima que resta un gran espacio para la acción del hombre y que no debemos dejar todo en manos de Dios. Por lo menos la mitad de nuestras acciones las gobierna la fortuna, dejándonos la otra a nuestro arbitrio (15). Pero este arbitrio no se da libremente, sino que encuentra otro límite, una resistencia muy concreta nacida del ser de las cosas. La acción del político se produce en un tiempo determinado, bajo unas circunstancias muy precisas. A veces son favorables, otras contrarias, pero en todos los casos tenemos que aceptarlas como necesarias, si no queremos ir al fracaso. Y lo peor que podríamos hacer es confundir la realidad con nuestros deseos. Este es el sentido de la necesidad en Maquiavelo, que también tiene que ver con el realismo de su pensamiento, tantas veces señalado, y que se aprecia claramente en el siguiente texto:

"Son muchos los que han imaginado repúblicas y principados que nunca existieron ni se les ha conocido en realidad, porque hay tal distancia de cómo se vive a cómo se debiera vivir, que quien deja lo que se hace por lo que debería hacerse, no hace más que aprender la ruina en vez de la salvación propia" (16).

Al prescribir Maquiavelo una voluntad virtuosa al príncipe, que se verá ayudada (o anulada) por la

fortuna, y ubicada correctamente en las circunstancias del momento, el Secretario Florentino está persiguiendo alcanzar lo máspreciado que puede haber para un político: llegar al poder, mantenerse en él, acrecentarlo y prevenir las causas que hacen perderlo. Lo llamativo y original que tiene el análisis de Maquiavelo, es que contempla a la política como a una actividad que se sustenta en sí misma, que es autónoma y que no requiere de otras consideraciones externas a ella, para justificar sus actos. Oportuna es la cita de Sabine en la que apunta:

"Da por supuesto naturalmente que la política es un fin en sí... la finalidad de la política es conservar y aumentar el poder político, y el patrón para juzgarla es su éxito en la consecución de ese propósito. Que una política sea cruel, desleal o injusta, es cosa para Maquiavelo indiferente, aunque se da perfectamente cuenta de que tales cualidades pueden influir en su éxito. Trata con frecuencia de las ventajas que la inmoralidad hábilmente utilizada puede proporcionar a los fines de un gobernante, y esto ha causado principalmente la mala reputación del florentino. Pero la mayor parte de su obra no es tanto inmoral cuanto amoral. Se limita a abstraer la política de toda otra consideración y escribe acerca de ella como si fuera un fin en sí" (17).

Numerosísimos son los textos que se podrían traer aquí, en los cuales Maquiavelo recomienda el empleo de cualquier medio, por censurable que pueda parecer, con tal de alcanzar el fin propuesto. Particularmente ilustrativos son los capítulos XV, XVII y XVIII de *El Príncipe*. Para sujetarnos a los límites establecidos para un artículo como éste, tan sólo veamos tres textos que considero sobresalientes. El primero, tomado de los *Discursos*, dice así:

"Ningún hombre sabio censurará el empleo de algún procedimiento extraordinario para fundar un reino u organizar una república; pero conviene al fundador que, cuando el hecho lo acuse, el resultado lo excuse; y si este es bueno, como sucedió en el caso de Rómulo, siempre se le absolverá" (18).

Rómulo, para consolidar Roma, mató a Remo. Pero la grandeza de su obra, según Maquiavelo, lo ha absuelto. En otra parte de los *Discursos* encontramos quizás el texto más claro sobre la conducta del político en busca del éxito, aunque la moral tenga que ser violada. Así nos dice:

"Cuando se trate de tomar una resolución de la que dependa por entero la salud del Estado, nadie debe detenerse en consideraciones sobre lo justo, o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo glorioso o lo ignominioso; omítase todo esto y tómesese resueltamente aquel partido que

salve al Estado y mantenga su libertad" (19).

Y finalmente un texto muy revelador en el cual Maquiavelo distingue entre la moral común y corriente a que están sometidos todos los hombres, que de ninguna manera desautoriza para ellos, pero que puede resultar perjudicial para el príncipe. No se trata de que el príncipe sea siempre malo, sino sencillamente que cuando lo requiera el éxito de la finalidad política, deberá saber entrar con pie firme en el mal. Este texto es del célebre capítulo XVIII, antes mencionado. Dice así:

"Es cosa que conviene entender bien: que un príncipe, sobre todo un príncipe nuevo, no debe observar todo lo que hace que los hombres sean tenidos por buenos, porque en ocasiones, para defender su Estado, necesitará actuar contra la lealtad, la caridad, la humanidad y la religión. Tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según sople el viento de la fortuna e impongan las diferentes circunstancias, sin apartarse del bien —si es posible— pero sabiendo también entrar en el mal, si es necesario" (20).

Encontramos aquí uno de los temas más discutidos acerca de Maquiavelo. Los choques que se suscitan entre la moral y la actividad de un político, que pretende ser eficaz. El dilema que queda planteado es el de una política sujeta a la moral, pero condenada al fracaso, o bien una política eficaz pero inmoral. En torno a este tema se han producido las mayores discrepancias acerca de la obra de Maquiavelo, calificándola algunos, como Sabine o Cassirer, no de inmoral sino de amoral. O bien condenándola otros por francamente inmoral, como ha sido hecho durante siglos por una corriente de pensamiento cercana al cristianismo. De lo que no hay duda es de que:

"Su gran mérito no es el de haber resuelto el dilema de las relaciones entre la política y la moral... su mérito es el de haber formulado este problema de una manera tal —cínica, brillante, insostenible— que el dilema después de él no ha podido ser olvidado o esquivado" (21).

Pensamos que podría haber otra manera de considerar estas relaciones, entre moral y política, en Maquiavelo. Podemos comenzar por distinguir entre la conducta del hombre corriente, del ciudadano, en sus actividades privadas y la conducta del gobernante, del hombre público. La conducta privada debe ser juzgada por la moral privada y la conducta del gobernante, y sobre todo, la conducta del Estado, debe de ser juzgada por la moral pública.

En el momento en que Maquiavelo escribe está

surgiendo a la vida el Estado moderno. A partir de su aparición muchas cosas cambiarán en el gobierno de los hombres. Sobre todo se dará una mayor diferencia entre el ámbito de lo público y lo privado. Será posible distinguir claramente la actividad del hombre político, de la del hombre privado, ocupado de sus cosas particulares.

El príncipe de Maquiavelo es un hombre de carne y hueso, como César Borgia, pero también el símbolo del Estado. Será ese personaje, que con el transcurso de los tiempos se fortalecerá, hasta llegar a ser el más poderoso, hasta llegar a ser El Leviatán, como dirá Thomas Hobbes, unos cuantos años después de Maquiavelo. Cuando el Estado comienza a actuar requerirá normas diferentes para juzgar sus actos.

En el siglo XVII será particularmente revelador lo que ocurre en Francia. El Cardenal Richelieu ejerce el poder con firme mano, claros propósitos y ninguna duda de lo que tiene que hacer. Bien puede tratarse de mentir, envenenar o suprimir a cualquier ser humano, que estorbe a la consolidación de la monarquía absoluta francesa. El Estado requerirá para ser comprendido y juzgado, otra norma distinta de la del particular. Tenemos que echar mano a la razón de estado, a la legalidad propia de este nuevo ser moral, que ha aparecido en escena. Como lo dice Friedrich Meinecke:

"La razón de Estado es norma de la acción política, la ley motriz del Estado. Ella indica al hombre de gobierno lo que debe hacer para conservar el Estado vigoroso y fuerte... la "razón" del Estado consiste también en el reconocerse a sí mismo y conocer su ambiente, y en el extraer luego de tal conocimiento los principios normativos de la acción" (22).

En el momento que Maquiavelo escribe, la razón de Estado se nos presenta particularmente violenta, descarnada, pero eficaz. Conforme los siglos han ido transcurriendo, la razón de Estado se ha ido domando, cubriendo con el manto púdico de la ley. Pero sigue teniendo el mismo carácter terrible e implacable de siempre. Cuando está en juego la salvación del Estado, todo se puede hacer. Ya sea como en una guerra, en la cual el deber es matar al enemigo, destruir sus ciudades y arrebatarle su riqueza. O bien, en circunstancias menos graves, pero igualmente dramáticas, como cuando en nuestros días la Guardia Rural ha tenido que matar campesinos o dirigentes obreros, para restablecer el orden que una huelga o una toma de tierras había alterado. O igualmente cuando el Or-

ganismo de Investigación Judicial (OIJ) mata sospechosos de ser terroristas, que no acataron su orden de detenerse, para ser interrogados.

Tenemos que concluir en que existe un doble patrón moral. Hay unas normas para juzgar los actos de los sencillos ciudadanos, y otras para aplicarlas a los gobernantes, que encarnan la voluntad del Estado. Si bien Maquiavelo no llega a emplear la expresión "razón de estado", el concepto está presente en toda su obra, y la distinción anterior entre actividad privada y pública, muy bien establecida. Por ejemplo en los Discursos:

"Necesita, además, edificar nuevos pueblos, destruyendo los antiguos: trasladar los habitantes de un sitio a otro: no dejar, en fin, nada como estaba... Son estos medios crueles, no sólo anticristianos, sino inhumanos; todos deben evitarlos, prefiriendo la vida de ciudadano a ser rey a costa de tanta destrucción de hombres. Quien no quiere seguir este buen camino y desee conservar la dominación, necesita ejecutar dichas maldades" (23).

Si aceptamos la existencia de este doble patrón moral, Maquiavelo no es inmoral, ni amoral, sencillamente ha descubierto que la política, y el gobernante que la ejecuta, están sometidos a otra esfera moral, que no puede ser la corriente de los ciudadanos.

Si bien desde el punto de vista ético es discutible la aceptación de dos morales, de lo que no puede haber duda es que la práctica de los gobernantes, tanto los de nuestros días como el resto de los habidos en los siglos que nos separan de Maquiavelo, ha estado amparada por sus preceptos. Cuando un Ministro de Hacienda es interrogado por la prensa, para saber si es cierto que el colón va a ser devaluado, no puede responder con la verdad sin provocar el pánico financiero. Cuando un Presidente de la República es preguntado acerca de sus actos inmediatos, en relación con una potencia vecina que pone en peligro la paz, no puede responder ingenuamente con la verdad, sin exponer a los defensores de la nación, a verse atrapados por el enemigo.

En fin, que por abundantes y conocidos no seguimos dando ejemplos de actos del Estado, o de

sus representantes, que para no ser calificados de delitos, mentiras, o corrupción, han de ser juzgados con un patrón moral diferente al utilizado para los actos de los ciudadanos comunes y corrientes.

Justamente de aquí nace la celebridad y perennidad de Maquiavelo. Las máximas que prescribe para alcanzar el éxito político, siguen estando tan vigentes en nuestros días como en sus tiempos de corrupción en Florencia. El Estado, que debería ser la persona moral destinada a realizar el bien común en la sociedad, sencillamente no lo puede realizar, y para alcanzar determinados logros parciales, se ve obligado a cometer diversas iniquidades.

Los preceptos políticos de Maquiavelo han sido pensados para una sociedad en conflicto en la cual es imposible lograr el consenso acerca de lo bueno para todos. Si no existieran las contradicciones entre los distintos grupos sociales, si sus intereses no fueran opuestos y definitivamente antagónicos, el gobernante podría aspirar a escuchar a todos, a conocer los distintos puntos de vista y a formular lo que más tarde Rousseau llamará Voluntad General.

La perennidad de Maquiavelo no establece un juicio moral adverso al Secretario Florentino, que fue el hombre menos maquiavélico de este mundo, sino que nos lleva a la lamentable conclusión de que son nuestros tiempos corruptos los que lo hacen oportuno y aplicable en cada momento de la vida política. La lectura de *El Príncipe* apasiona no sólo por la prosa tersa, directa y fría de su autor, sino también por la vigencia y actualidad de sus juicios.

Pocas cosas hay más delicadas que las profesías en política. Sin embargo, para terminar, nos atrevemos a pronosticar que Maquiavelo no perderá vigencia hasta que no actúe eficazmente ese "príncipe moderno", como lo llama Antonio Gramsci, capaz de cambiar las cosas radicalmente, y restablecer la virtud antigua, permitiendo la solidaridad entre los hombres y terminando con ese pacto con el Diablo, que ha sido la práctica política hasta nuestros días.

NOTAS

- (1) Machiavel: *Le Prince et autres textes*. Ed. 10-18, Saint Amand, 1962. p.179 (Traducción de M.F.H.).
- (2) Chevallier, Jean-Jacques. *Les grandes Oeuvres Politiques*, Ed. Armand Colin, París, 1964, p.2 ss.
- (3) Sabine, George, *Historia de la Teoría Política*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963. P.263.
- (4) Mounin, George, *Machiavel*, Ed. P.U.F., Paris, 1964, p.15.
- (5) Naude, G. citado por Arocena, Luis. *Estudio Preliminar en Maquiavelo*, Nicolás, El Príncipe, Ed. Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1955. p.24.
- (6) Ridolfi, Roberto, *Maquiavelo*, Ed. Renacimiento S.A., México, 1961, p.47.
- (7) Arocena, Luis, *Op. cit.* p.94.
- (8) Sabine, George. *Op. cit.* p.253.
- (9) Maquiavelo, Nicolás, *Obras Políticas*, Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1965, p.155.
- (10) Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe. Dedicatoria al Magnífico Lorenzo de Medicis, Traducción de M.F.H. sin imprimir*.
- (11) Tommasini, Oreste, Citado por Arocena, Luis. *Op. cit.*, p.7.
- (12) Arocena, Luis, *Op. cit.*, p.76.
- (13) Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Planeta, Madrid, 1983, p.115.
- (14) Maquiavelo, Nicolás, *Obras Políticas*, Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1965, p.305.
- (15) Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Planeta, Madrid, 1983, p.115.
- (16) *Ibidem*, p.72.
- (17) Sabine, George, *Op. cit.*, p.254.
- (18) Maquiavelo, Nicolás. *Obras Políticas*, Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1965, p.86.
- (19) *Ibidem*, p.436.
- (20) *Maquiavelo, Nicolás, El Príncipe, Ed. Planeta, Madrid, 1983, p.83.*
- (21) Mounin, George, *Op. cit.*, p.38.
- (22) Meinecke, Friedrich. *La idea de la razón de Estado en la historia moderna*, citado por Arocena, Luis, *Op. cit.*, p.97, cita 103.
- (23) Maquiavelo, Nicolás. *Obras Políticas*, Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1965, p.126.